

EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA

Por ENRIQUE GIRALDO ZULUAGA

(Conferencia dictada en la Hora Católica Arquidiocesana).

Al Reverendo Padre Gómez, quien con brillo excepcional orienta esta cátedra de Cristo, debo el honor de ocupar estos micrófonos. Solo por un acto de sumisión cristiana me acerco a esta cátedra cumbre de la verdad católica. Creo también que los días agitados que vive el mundo y que ya comienzan a estremecer a nuestra patria, imponen a todos los católicos el deber ineludible de señalar el camino: Cristo que es la senda, la verdad y la vida.

La confusión de la época presente, principalmente en la vida social, no es la crisis de la verdad, sino el criminal olvido de ella. Escuché hace poco de los labios de un prelado insigne este juicio profundo: la verdad existe, ya ha sido descubierta, lo que falta es hacer la verdad. Si la ciencia y la filosofía profanas no se han dado cuenta de este gran suceso, culpa es de los filósofos y de los sabios. La verdad ya existe, su potencialidad magnífica está pronta para derramar su luz fecunda. Necesario, es, pues, ahora, hacer la verdad, porque hecha la verdad todo está ya hecho; porque practicada la verdad, surge la paz, que es la tranquilidad en el orden, según la expresión genial del Ángel de las Escuelas. Cristo nos condujo a la verdad y la verdad es la que dirige la vida. Sin la verdad no hay vida y no hay verdad sin Jesucristo; no hay orden sino en la verdad y no hay vida sin orden; luego Cristo es la paz, el orden y la tranquilidad de la vida. Porque la humanidad no escucha el clamor evangélico se hunde en el caos y la sociedad se precipita en las tinieblas.

En vano se quiere prescindir y sustituir el mensaje evangélico. La verdad está allí, pronta, para producir los esperados frutos; ella es la ley vital, norma suprema de la carne y del espíritu. Pero la humanidad ha preferido las sendas del error. El renacimiento pagano, la reforma, la orgullosa filosofía de las luces, el romanticismo impío y el materialismo histórico han cuajado de oscuridad el camino. La orgullosa filosofía de las luces precipitó el hombre por el falso

sendero de la ambición ilimitada: el afán del lucro, el imperio de las pasiones desencadenadas, aseguraron la esclavitud del débil y la omnipotencia del fuerte; fue el triunfo de la libertad de unos pocos lo que hizo imposible la tranquilidad y el bienestar de todos. La falsa autonomía de la persona humana, engendro de Kant y de Rousseau, distanciaron el hombre de Dios y entonces la historia se enrumbó por los senderos de la codicia, del odio y de la venganza colectivas. Y una filosofía impía de la era romántica, al pretender crear una teología sin Dios, describió una orgullosa y falsa epopeya del espíritu cuyo tremendo desenlace era el encadenamiento del hombre, atado al capricho y arbitrariedad de un estado omnipotente. Porque ante el fracaso del mensaje de Koenisberg era preciso saltar al otro extremo del absurdo para enseñar al mundo la tremenda paradoja de que si el hombre no podía ser libre dentro de una sociedad anarquizada, podía serlo sí dentro de una sociedad esclavizada por el autócrata, en cuyo bota imperial radicaba el supremo ethos adjetivo. Y como resultado final de los extravíos académicos de la ilustración y del romanticismo ateo, el materialismo histórico, la lucha de clases, como tremendo epílogo de la tragedia humana.

La época presente se ufana de un progreso material logrado mediante los avances de la ciencia y de la técnica. Y es verdad que los afanes especulativos de las ciencias naturales, de la biología y de los prácticos de la técnica, se han registrado portentosos éxitos en el orden material. Nos apreciamos de una civilización brillante, en la que cada hombre aspira a obtener el mayor beneficio y los mejores dividendos de lucro; la lucha tremenda por la posesión y acumulación de riquezas, es el signo del orden económico actual, que resume en sí todas las injusticias. Pero subsiste la brecha humana abierta por error, porque una sociedad estructurada sobre los débiles fundamentos de orden económico que no es para todos, no puede aspirar a la perpetuación histórica. La sociedad humana no adquiere una recia textura sino cuando está encuadrada dentro de los marcos de la ética católica, es decir, sobre una fuerte armazón de ingredientes morales, empapados de justicia y de caridad.

El proceso trágico de la historia se inició cuando el hombre canceló todo compromiso con Dios, con la religión y con el orden moral. La satánica rebelión humana que tiene como períodos ideológicos fulminantes, la reforma, el racionalismo, el romanticismo, y el marxismo, desconoció el camino, la verdad y la vida. El individualismo lo armó de odios y de poderes; la filosofía política del siglo dieciocho fundió la libertad en la anarquía; el romanticismo la ofreció por los caminos de la esclavitud, imitando las repulsiones y enemistades de la naturaleza física y el materialismo histórico lo prepara y adiestra para su propia destrucción. Los vaticinios del hegeliano Bauer principian a cumplirse y la nación indicada para el total arrazamiento prepárase ya para los siniestros designios dibujados desde hace 50 años en los claustros de la Universidad de Jena, y mitad menos por el juicio de Traveris. El hombre que olvida a Dios se olvida de sí mismo y lejos de encontrar el verdadero centro de su vida, torna de la vida al caos, del orden a la anarquía, de la luz a las tinieblas. El siglo die-

ciocho pretendió vanamente exaltar al hombre a las cumbres del poder y lejos de dirigir su vida lo hundió en el caos social. Y el pasado siglo, halagado con los progresos de la ciencia impulsó el progreso material pero olvidó el espíritu.

El caos actual es el resultado del menosprecio por los ideales del espíritu. En los errores doctrinarios desde la reforma protestante hasta el materialismo histórico, la historia humana describe una desesperante trayectoria en que abandona el orden para precipitarse en las tinieblas. Olvidó el mensaje evangélico, expulsó la fe de las conciencias y vanamente esperó su felicidad y su progreso en las falsas filosofías y en los éxitos de las ciencias de la materia y aquéllas y éstas crearon la confusión: las primeras subestimaron el espíritu y las segundas dieron los fundamentos para una trágica civilización materialista en que el afán de lucro y la técnica del enriquecimiento veloz, sustituyeron una concepción moral de vida. Menospreció a Dios y de esta rebelión satánica tenía que sucumbir el orden moral, porque la ética gobierna la vida e incorpora al individuo humano al ritmo de la vida social. Dirigir la vida es quizá más importante que profundizar en la vida misma. Imprimirle a la humanidad rumbos seguros, es más trascendental aún que un efímero bienestar material. Podría estructurarse un orden económico en el cual la persona humana lograra ese bienestar, pero nada sería estable, si no hunde sus raíces en el orden moral.

Pero desgraciadamente ese orden moral no ha sido la preocupación primordial de la vida humana. No es un orden oscuro, difícil, para cuyo conocimiento la inteligencia tenga que realizar intensos esfuerzos especulativos. Es sencillo, breve, límpido, es luz vivísima que esclarece maravillosamente los senderos de la vida. Está claramente concebido en el mensaje evangélico en el lenguaje divino de Jesús, quien no solía emplear el rimbombante idioma de los falsos filósofos. Ese orden moral no es inaccesible a las inteligencias sencillas, como las petulantes formas de expresión de las falsas ideologías, como el complicado idioma sociológico y económico del materialismo histórico. El conocimiento de ese orden moral está al alcance del niño, del adulto, del anciano, del obrero, del campesino. Es la expresión universal de la verdad eterna, es la suprema sabiduría de la vida, dibujada en la suave y alegre entonación del libro evangélico.

La paz, la armonía social, la tranquilidad del espíritu no es un problema de la inteligencia, sino del corazón humano y el camino para lograrlos se resume en amar la verdad y seguirla. Amar la verdad de Jesucristo, porque quien lo ama dispone su corazón para el amor al prójimo, compendio admirable de la moral católica. Restaurar el imperio de la caridad y de la justicia, teniendo en cuenta que no es la justicia la que nos hace amar sino la caridad la que nos hace justos. El orden jurídico solo será estable cuando el hombre aprenda a amar a Dios y al hombre. Para no hacer daño al prójimo, respetar sus derechos naturales, para cumplir los compromisos jurídicos, es necesario antes intensificarlo y comprenderlo en la comunidad de Dios. No son el interés y el temor, ni el cálculo, los que garantizan la convivencia social por medio del derecho, porque ello equivaldría a

practicar la justicia, sin ser verdaderamente justos; lo primero permite el cálculo interesado, lo segundo arranca en cambio del corazón que es puro delirio amoroso. Enseñar la verdad, y sobre todo enseñar a amarla y a seguirla es la única forma que garantiza el imperio de la paz entre los hombres. En este precepto se compendia la sabiduría de la vida. Enseñar la verdad y sobre todo amarla y seguirla debe ser el programa de la escuela y la universidad colombiana. Que el hombre conozca antes que todo las verdades morales. Releguemos a un segundo plano esa manía académica que si colma la inteligencia no llena los vacíos del alma, ni logra cohesionar la vida social; no olvidemos tampoco que la dispersión de ésta ha coincidido con la desintegración del átomo. Prendamos la luz perenne del espíritu y despejemos la oscuridad que se extiende por todos los contornos, no obstante la tremenda paradoja de que la materia se agita, se conmueve y se hace luz. Porque esta luz de la materia no es la verdadera luz que nos indica el camino, la verdad y la vida.